

Ernesto Riveiro by Philippe Cyroulnik.

Postface of "Les demeures du paraître".

Publication of the 19, Centre régional d'art contemporain de Montbéliard.

Ernesto Riveiro has multiple talents. He draws, paints, sometimes sculpts, or creates what he calls offerings, ex-voto and also objects.

With debris, buttons, nuts and bolts, bone fragments or pieces of metal, broken springs or wood chips, old cloth, a few bits and pieces of string, tidbits, he creates "objects". Or rather he gives them a face that is to say an identity.

It is a fragile identity, uncertain, often threatened of losing itself in the object, on the brink of disappearance. But it is that same edge that makes them be what they are.

Those beings oppose their presence, with a modest insistence, a discreet stubbornness, to our natural inclination to consign them to the used object shelf.

What makes them be derives from a simple gesture- a dot, a nail or a washer- or other display.

Leonore for instance, four wooden sticks, a dash of red: a nameless puppet. But a seashell changes everything: it becomes a focal point that makes Leonore stare at us with her intense but indifferent look. A character that embodies the paradox of being able to exist without being overtaken by words or stories.

In his relationship with objects Ernesto Riveiro is at the crossroads of certain paths that we do not frequently go down: in an area where Marcel Duchamp and Le Facteur Cheval might meet. A universe where strange adventures could actually happen to things and to objects; like in Borges or Leopoldo Marechal stories. A world where they can be filled with strength, a beneficial or worrisome power in the image of shamanic practices.

Riveiro is an artist who pulls his strength from a crossing of cultures and of times. From his Buenos Aires origins, he drew on an experience of things, their magical or even metaphysical dimension. It would be right to invoke the metaphysical places of De Chirico and the toys of Torres Garcia. Places where one might come upon them, or objects that might be their cousins. But more often they are the spirits of the places that they inhabit, or like some theatre characters, so focused on a mysterious task that they ignore the audience.

He knows perfectly well the crafting of assembling, the practice of collages that characterize the numerous steps of modern art from Cornell to Rauschenberg. But he is also interested in popular practices that invest a symbolic meaning into objects like in votive practices in numerous South American countries. He nourished himself on the genius, inherent to the latin American syncretism that marries Christian and Indian rites.

In Argentina, where he is from, there is a strong tradition of popular altars and a constant presence of those objects that have been tinkered with and modified, that take the place of domestic and communal relics.

Ernesto Riveiro comes from that tradition of interpretation and symbolism that one encounters in literature, that transforms the simplest things into metaphysical enigmas. That gives the most insignificant things the appeal of a sphinx... and their ability to be above and beyond the things that surround us.

His objects are present in the world with a tranquil indifference to the daily hubbub. Some are there physically, others reside at the edge of an apparition, safeguarding a "ghostly" effect.

In his paintings and drawing, he doesn't limit himself to a single territory. He unfolds a subtle game within the space of the picture where spot, line and color tie in together.

The games of superimpositions and associations that he practices lead to a multi focal space at the edge of a landscape or a tale that comes together or unravels to the will of the eye. Within the interlacing of the lines, succession of grids comes into place to deepen the space of the picture.

Lines and spots come to do or undo contours. In some way colors will incarnate, embody shapes that give themselves a sort of apparition of shapes, and ghostly figures.

The essence of his drawing is in the play with the subtle interaction between the stroke and the spot. This network weaves to the whim of the hand's or the thought's inflexions. It digs furrows, meanders on the sheet of paper or splits it until it all takes shape. Until what could be the outline or the echo of a scene in a story without words or a narrative. But it can as easily take it all back. And fold back onto undulating or broken rhythms of a stroke that invades the surface with its movements and its discordances whether they are voluntary or accepted.

That's what creates the appeal of those drawings for the one who is contemplating them. They bring out a simultaneous feeling of familiarity and strangeness: like a landscape or a scene that might have been deleted by time's wear and tear, or on the contrary, sealed within a labyrinth of lines that seem to offer themselves to our gaze to better foil and deceive that temptation to tie them to a possible reality.

Ernesto Riveiro por Philippe Cyrournik.

Postface de "Les demeures du paraître".

Edición del 19, Centre régional d'art contemporain de Montbéliard.

Ernesto Riveiro desarrolla una actividad múltiple. Dibuja, pinta, a veces esculpe, o realiza lo que él llama ofrendas y ex-votos, además de sus objetos.

Con vestigios, botones, bulones, fragmentos de hueso o de metal, trozos de resorte o de madera, restos de sabana o cuerda, es decir con casi nada, fabrica « objetos ». O mejor dicho, les crea un rostro y de alguna manera, una identidad.

Una identidad frágil, incierta, amenazada constantemente de ser absorbida por el objeto, al borde de la desaparición. La presencia de este límite es lo que les hace ser lo que son.

Estos seres se oponen por su presencia, con modesta insistencia y terquedad discreta, a nuestra inclinación natural a relegarlos en las estanterías de objetos usados.

Lo que los hace ser procede de un simple gesto- un punto, un clavo, o una arandela colgada – y también de algunas disposiciones.

Léonore por ejemplo, cuatros palitos y un toque de rojo: una marioneta anónima. Pero todo cambia con la incorporación de una conchilla, esta se vuelve el punto cardinal: Léonore fija su vista con una mirada intensa aunque indiferente. Un personaje que encarna esa paradoja de poder existir sin estar acaparada por las palabras o por los relatos.

En su relación con los objetos, Ernesto Riveiro se encuentra en un poco frecuente cruce de caminos : un área donde podrían encontrarse Marcel Duchamp y el Facteur Cheval. Un universo donde extrañas aventuras podrían seriamente ocurrirle a las cosas y a los objetos; como en los relatos de Borges o de Leopoldo Marechal. Un mundo donde los objetos podrían ser poseídos por una fuerza, una potencia benéfica o inquietante como en el chamanismo.

Riveiro es un artista que extrae su savia de la travesía entre las culturas y los tiempos. Sacó de Buenos Aires, de donde viene, una experiencia que expresa el lado oscuro, el aspecto mágico incluso metafísico de las cosas. A veces, de ellas podríamos evocar los lugares de De Chirico o los juguetes de Torres García. Las plazas donde se les podría cruzar o los objetos que podrían ser sus primos. Pero, más a menudo, son como los manas de los lugares que ocupan, o como algunos personajes de teatro, tan preocupados por una tarea misteriosa que ignoran el espectador.

Riveiro conoce perfectamente las prácticas del ensamblaje y del collage, que son propias de numerosas trayectorias salidas de la modernidad, de Cornell a Rauschenberg. Pero igualmente se interesa en las prácticas populares que atribuyen a los objetos de una carga simbólica, como en las prácticas votivas que encontramos

en varios países de Latinoamérica. Se ha nutrido del genio, propio del sincretismo latinoamericano, de mezclar los rituales cristianos y amerindios. Hay en Argentina, país donde nació, una fuerte tradición de altares populares donde la presencia constante de esos objetos, hechos con cualquier cosa, hacen las veces de reliquias domésticas o comunitarias.

Ernesto Riveiro proviene de esta tradición hermenéutica y simbólica, que podemos encontrar en la literatura, que transforma las cosas simples en enigmas metafísicos. Que dota a los objetos más anodinos de la atracción de una esfinge... y su disponibilidad a estar más allá y por encima de las cosas que nos rodean.

Sus objetos están presentes en el mundo en una tranquila indiferencia al ruido cotidiano. Algunos lo están físicamente, otros acampan en los bordes con algo de “fantasmagórico”.

En la pintura y el dibujo, no se confina en un único territorio. Despliega un juego sutil donde se conjugan, en el espacio del cuadro, la mancha, el trazo y el color.

Los juegos de superposiciones o asociaciones que practica producen un espacio multifocal al límite de un paisaje o de un relato que se hace o se deshace a merced de la mirada. Los cruces de los trazos dan pasos a una sucesión de rejas que cavan así el espacio del cuadro.

Líneas y manchas van a hacer y deshacer unos contornos. En cierto modo, los colores van a encarnar, dar cuerpo a formas que se dan como aparición de formas, fantasmas de figuras.

El dibujo juega esencialmente con la combinación sutil entre el trazo y la mancha. Sus laberintos ribetean a merced de las inflexiones de la mano y del pensamiento. Excava su surco, serpentea sobre la hoja, o la segmenta hasta tomar cuerpo. Y hace surgir lo que sería un esbozo o un eco de una escena para una historia sin relato ni palabra. Pero puede también retraerse. Y replegarse sobre los ritmos ondulantes o entrecortados de un trazo que invade la superficie con sus movimientos y sus disonancias deseadas o aceptadas.

Es lo que produce la atracción de estos dibujos sobre el que los contempla. Suscitan un sentimiento simultáneo de familiaridad y de extrañeza: como un paisaje o una escena desgastada por el tiempo. O al contrario, cimentada en los repliegues de un laberinto de líneas que parecen exponerse a nuestra mirada para desbaratar y frustrar mejor la tentación de ajustarlas a una realidad posible.

Ernesto Riveiro par Philippe Cyrournik.

Postface de "Les demeures du paraître".

Edition du 19, Centre régional d'art contemporain de Montbéliard.

Ernesto Riveiro a une activité multiple. Il dessine, il peint, parfois sculpte, ou réalise ce qu'il appelle des offrandes, des ex-voto ou encore des objets.

Avec des débris, des boutons, des boulons, des fragments d'os ou de métal, des morceaux de ressorts ou de bois ; quelques restes de draps, quelques bouts de ficelle et trois fois rien encore, il fabrique des «objets». Ou plutôt, il leur donne une figure, une identité en quelque sorte.

Une identité fragile, incertaine menacée constamment d'être absorbée par l'objet, au bord de la disparition. Mais c'est cette lisière même qui les fait être ce qu'ils sont.

Ces êtres opposent leur présence, avec une modeste insistance, un entêtement discret, à notre inclinaison naturelle à les reléguer au rayon des objets usagés .

Ce qui les fait être relève d'un simple geste - un point, un clou, ou une rondelle fixée - ou de quelques arrangements.

Léonore par exemple, quatre bouts de bois, une pointe de rouge : une marionnette anonyme. Mais un coquillage change tout : il devient un point cardinal qui fait que Léonore nous fixe de son regard intense mais indifférent. Un personnage qui incarne ce paradoxe de pouvoir exister sans être accaparé par les mots ou les récits.

Dans son rapport aux objets Ernesto Riveiro est à la croisée de chemins qui nous ne fréquentons pas si souvent : sur une aire où pourraient se rencontrer Marcel Duchamp et le Facteur Cheval. Un univers où d'étranges aventures peuvent sérieusement arriver aux choses et aux objets ; comme dans les récits de Borges ou Léopoldo Marechal . Un monde où ils peuvent être investis d'une force, d'une puissance bénéfique ou inquiétante à l'image de pratiques chamaniques.

Riveiro est un artiste qui tire sa sève d'une traversée des cultures et des temps. Venu de Buenos Aires, il y a puisé une expérience des choses qui porte à en éprouver la face obscure, la dimension magique voire métaphysique. On pourrait parfois évoquer à leur propos, les lieux métaphysiques de De Chirico ou les jouets de Torres Garcia. Des places où l'on pourrait les croiser ou des objets qui seraient leurs cousins. Mais ils sont le plus souvent comme les mânes des lieux qu'ils investissent, ou comme certains personnages de théâtre, si concentrés sur une tâche mystérieuse qu'ils en ignorent le spectateur.

Il connaît parfaitement les pratiques d'assemblage, de collages qui sont le propre de nombreuses démarches issues de la modernité, de Cornell à Rauschenberg. Mais il s'intéresse autant aux pratiques populaires qui investissent les objets d'une charge

symbolique comme dans les pratiques votives que l'on rencontre dans de nombreux pays d'Amérique du Sud. Il s'est nourri du génie, propre au syncrétisme latino-américain, à marier les rituels chrétiens et amérindiens. En Argentine, pays dont il est originaire, il existe une forte tradition des autels populaires et une présence constante de ces objets trafiqués et bricolés qui font office de reliques domestiques ou communautaires.

Ernesto Riveiro vient de cette tradition herméneutique et symbolique que l'on rencontre dans la littérature, et qui fait de choses les plus simples des énigmes métaphysiques. Qui donne aux objets les plus anodins l'attraction d'un sphinx... et leur disponibilité à être au delà et en deçà des choses qui nous entourent.

Ses objets sont présents au monde dans une tranquille indifférence au brouhaha quotidien. Certains sont là avec leur physique, d'autres campent à la lisière de leur apparition gardant quelque chose de «fantomal».

Dans la peinture et le dessin, il ne se cantonne pas à un seul territoire. Il y déploie un jeu subtil où se nouent dans l'espace du tableau la tâche, le trait et la couleur.

Les jeux de superpositions ou d'associations qu'il pratique produisent un espace à plusieurs focales; à la lisière d'un paysage ou d'un récit qui se fait et se défait au gré du regard. Dans les entrelacs des traits, se mettent en place des successions de grilles qui par ce procédé creusent l'espace du tableau.

Lignes et taches vont faire et défaire des contours. Les couleurs vont en quelque sorte incarner, donner de la chair à des formes qui se donnent comme des apparitions de formes, des fantômes de figures.

Le dessin joue essentiellement de cette subtile combinaison entre le trait et la tache. Ses lacis s'ourlent au gré des inflexions de la main et de la pensée. Il creuse son sillon, serpente sur la feuille ou la segmente jusqu'à prendre corps. Et à faire émerger ce qui serait l'esquisse ou l'écho d'une scène pour une histoire sans récit ni parole. Mais il peut tout aussi se rétracter. Et se replier sur les rythmes ondulants ou saccadés d'un trait qui envahit la surface de ses mouvements et de ses dissonances voulues ou acceptées.

C'est ce qui produit l'attraction que ses dessins exercent sur celui qui les contemple. Ils suscitent un sentiment simultané de familiarité et d'étrangeté : comme un paysage ou une scène délités par l'usure du temps ; Ou au contraire, scellés dans les replis d'un labyrinthe de lignes qui semblent s'offrir à notre regard pour mieux en déjouer et décevoir la tentation de les indexer à un réel possible.